

Un Entierro

NO era de noche, ni era de día...

¡Oh, si pudiese determinar la hora exacta! Pasó el fúnebre cortejo por mi casa, posiblemente, a la hora no-nal... No presentían a las brujas, ni a los aquelarres, mis pobres ojos de vidente.

Al difunto no le conocí jamás, ni he oído a ninguna persona decir el nombre del sujeto.

Vivía —seguramente que vivía, pues le llevaron muerto—, vivía en mi ciudad y en mi país. No sé determinar el número de cuadras que medían de mi casa a la del difunto, pero creo que oscila entre cinco y veinte cuadras...

Es inútil que preguntéis el nombre del muerto. Si os lo dicen, sonará su apellido a cosa hueca y sin sentido. Tampoco sabréis si era comerciante o rentista. Yo, por mi parte, he averiguado muy poco y sólo sé responder: que ese cortejo era el de un hombre desconocido.

¿Acaso no os alcanza con saberlo bajo tierra, muerto, muerto para siempre?...

El cortejo pasó frente a mi casa. Así pasarán eternamente los entierros de los hombres desconocidos, a quienes en la vida no hemos hecho mal y quienes no pudieron recoger de nosotros el poquito de bondad que poseemos.

La muerte de un desconocido siempre impresiona igual. Los entierros de los desconocidos son iguales siempre.

El cortejo pasó frente a mi casa. Yo lo vi pasar, colocado detrás de mi ventana... No estaba solo, pero me es difícil decir quiénes me acompañaban. Advertía la presencia de una mujer, conocida y extraña a la vez — como todas las mujeres, — que a mi lado era como una sombra. Caía sobre mi flanco izquierdo, dañando mi corazón, sofocando mi vida, aminorando los latidos de mi corazón.

Ella estaba a mi izquierda. No sé decirlos cómo era ella. Sólo recuerdo que tenía las manos delicadas y suaves, preñadas de caricias. Por minutos, ella se transformaba en un par de manos, nada más que un par de manos, de cuyos dedos llovían caricias inefables. Como en la calle no se oía el más leve rumor, no advertía la llegada del cortejo. Jamás he "oído" tal silencio. Detrás de mi ventana, en mi pieza amplia, estaba pegado como una sombra a las rejas de hierro y tenía clavados los ojos en el pavimento. De cuando en cuando esperaba o presentía, no sé por qué, la llegada del cortejo...



Por Enrique M. Amorín

Nadie nos lo había dicho: Pasará un entierro... Pero todos estábamos en el secreto, sabíamos que pasaría un fúnebre cortejo... Si alguien lo supo de antemano, fué discreto ocultándolo. Y cuando en los ojos sentimos lo negro y trágico que es el anticipo de un entierro, pusimos, de golpe, mudas nuestras almas...

Ella y yo —¡si pudiese saber cómo y quién es ella!— estábamos bien ubicados. Habría, sin duda, un privilegio para nosotros dos.

Ella soltaba sus caricias, pues no hubiese podido —aun sacrificándose— guardarlas por más tiempo. Tiene la suprema misión de repartirlas, lo sé. Y parían caricias inefables, sus manos suaves.

Yo era como un receptáculo de sus caricias, y aprovechaba en esa forma de darme, para saber de un amor muy cercano al de la muerte. Ella me quería mucho, porque, de lo contrario, no hubiese sido tan pródiga al acariciarme. Ella está en este mundo para engañar a los vivos.

Nadie osó interrogar, ni expusieron dudas de ninguna clase. En el alma de cada uno, abrigábamos la morbosa esperanza de ver pasar un verdadero entierro, un entierro singular, que ya se hacía sentir por una sombra negra, anunciadora de su llegada.

Venía, sí, lentamente, la sombra delante del entierro, anunciándolo. Aquello nos alcanzaba para esperar y contener las ansias.

La calle, desierta y sola, nos hizo pensar en los desamparados. El pavimento, obscuro y sombreado. Había en el suelo, extendida, una alfombra hecha de sombras, la cual apagaba todo ruido por ensordecedor que fuese. Solamente así se explica que la caída de mi cuerpo sobre el pavimento, no hiciese ruido.

Estoy seguro que si alguien se hubiese atrevido a formular una sílaba, la alfombra habría apagado aquella voz...

Las fachadas de las casas vecinas tenían el color peculiar de las pestañas cuando se entornan los párpados...

Eran como ojos dormidos las casas de la vecindad.

Reinaba silencio absoluto. En el cielo no había estrellas, ni eran necesarias en aquel momento. El cielo era un manto negro y pesado.

Ella y yo sufrimos ansias. Cuando más cercana la sentía, más ansioso me tornaba yo.

Seguí con los ojos clavados en el pavimento, donde dormían mis miradas. El cortejo fué aproximándose paulatinamente. Ella acentuaba sus caricias. Su amor, fuí comprendiéndolo, tenía un poco de muerte mezclado con olvido. Promesa de amor y amenaza de muerte...

El cortejo llegó. Una lenta y pesada carroza negra pasaba con la misma serenidad de las barcas. Se parecía a una barca fantástica porque nadie la arrastraba, ni fuerza alguna oculta movía su recia mole negra.

Pasó majestuosa, seria, imponente. La visión más negra de mi vida. No nos omedrentaba, pero ella y yo suspendimos el aliento. Ella parecía no respirar. Yo no respiraba... La carroza, como una nave enlutada que transportara almas viudas, pasó lenta, enormemente grave y seria... Mezclamos el amor con la sorpresa, el miedo con la duda, y el terror, por fin, fué la resultante.

Seguía lenta la carroza, empujada quizás por el viento de la muerte.

Una multitud de hombres enlutados seguían el catafalco, inmóviles, estáticos. No necesitaban mover sus miembros para adelantar. Inmóviles, estáticos. Pasaban lentamente, graves, inmutables, vestidos de negro, pálidos sus rostros y desencajados. Un poco de muerte en sus ojos tenían. Adelantaban en masa compacta. Sin duda, alguien arrastraba con hercúleos brazos, la alfombra de sombras sobre el pavimento. Reinaba un silencio enorme como el vacío.

Los hombres, inmóviles como las estatuas, tenían de hombres la tristeza en el rostro y la resignación en las manos.

Los crespones eran espumas de las almas enlutadas y dañadas por la rabia.

Tardaron en pasar mucho tiempo, más que lo necesario, aquellos hombres estáticos, inmóviles y tristes. Eran como una plegaria sin lágrimas... Los ojos fijos en la carroza; las manos cruzadas sobre el pecho, trémulos y pálidos los labios, pasaban, siguieron mucho tiempo pasando, los hombres inmóviles, estáticos...

Ella continuaba apoyada en mi flanco izquierdo, atónita, con los ojos negros de tanto llorar.

De pronto, exaltación de mis pupilas, vi acercarse otra carroza, otro féretro, otro entierro. Caprichosas las líneas de la caja. Se alzaba el catafalco sobre todas las cabezas, y, silenciosa, sin tocar el suelo, seguía el camino abierto por los primeros.

Detrás de los hombres, encerrada para siempre, conducían al cementerio a enterrar para siempre, el alma del hombre desconocido.

Los barrotes de mi ventana abriéronse para cerrarse nuevamente y dañar mis sienes.

Ella multiplicó sus caricias y las sentí en todo mi cuerpo. Una de sus manos se metió en mi pecho, tomó mi corazón y lo pesó como pulsando una pequeña bolsa con oro. Yo, seguía contemplando el cortejo, viendo pasar para un lejano cementerio el alma y el cuerpo de un hombre desconocido. Le precedían a corta distancia dos mujeres. Después seguía a éstas, un vasto desfile de enlutadas mujeres, hercúneas, inconsolables. Desfile tétrico. Iban arrodilladas, y en los ojos, cada una de aquellas mujeres llevaba una estrella. Las estrellas que no estaban en el cielo habían caído a sus ojos, llamadas por el acorujado corazón. Cuantas más veía, más lúgubre era el cuadro. Miles de mujeres miserables en su dolor, escuálidas, eternamente viudas. Llevaban las cabelleras sueltas, lacias, negras —alas de alimoches fantásticos.— Con las manos puestas sobre los senos, esperaban las caídas de las lágrimas, ignorando que eran

estrellas en sus ojos. La noche dormía en sus bocas entreabiertas y pesaba sobre sus nucas la fatalidad.

Todas distintas e idénticas todas en el dolor, en la miseria... Pasaban ante mis ojos, en su desfile doloroso.

Esas mujeres eran las que en vida del desconocido le hubiesen amado, si le hubiesen conocido. Las dos primeras eran las que amó en secreto el hombre desconocido.

La alfombra de sombras del pavimento arrastraba aquellos cortejos, aquellos desfiles, las mujeres aquellas y los hombres aquellos. Serenamente, majestuosamente, con la verdadera y única gravedad de las cosas muertas, muertas para siempre.

Pasaban las carrozas, los hombres y las mujeres. Todo era negro, todo era muerte, menos mi corazón, que vivía temblando. Sentía la obscuridad y el dolor de una hora lenta, pasar por mi pecho.

Yo no estaba en la tierra, tampoco en el cielo. Soñaba con la muerte, en las caricias de ella y me resignaba.

La calle, era mi calle, la de mi casa. Las puertas y las ventanas vecinas. No era, sin duda, el primer entierro que veía y, sin embargo, lo hallé muy distinto a los demás. Más pesado, más lento quizás.

Y los hombres y las mujeres no hacían otra cosa que mirar los ataúdes, en camino al oculto cementerio.

Ella me acariciaba. Intentó hacerme dormir, arrullándome como a los niños. ¡Mala nodriza! No lo consiguió. Apoyada en mi flanco, dañaba mi corazón. Las demás personas que estaban a mi lado, o se fueron, o quedaron oliendo el inconfundible olor del entierro. ¡No quiero saberlo!

Ella y yo seguimos compenetrados. La calle volvió a quedar abierta, y en la tristeza del ambiente presentí la muerte de algún otro desconocido, de alguno de esos hombres a quienes enterramos sin estrellas en el cielo. Ella, entonces, me besó en la boca... ¿Por qué me habrá besado?

—O—

Pasó el cortejo frente a mi casa. Negro, imponente, serio. Pasó ayer... no, ayer no, antes de ayer... Tampoco; hoy... ¡Oh, no sé cuándo, ni importa saberlo! Pasó el cortejo y pasarán muchos cortejos fúnebres ante mis ojos, ante los ojos de mi casa. Pasarán, van pasando. Entierran a los desconocidos con dobles ataúdes, con dobles desfiles. No les conocemos, les entierran para siempre de cuerpo y alma, bajo un cielo negro y sin estrellas, como los crespones...

Pasó el cortejo. Ella desapareció de pronto, y, al irse, supe de su hermosura. Ella volverá, debe volver.

Yo estaba tras de los barrotes de mi ventana, en mi casa, con mi corazón. ¡Con Ella, cuando pasó el cortejo!...

